

XLII Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2026

EL AFINADOR DE SILENCIOS

ANTONIO ARTEAGA PÉREZ

PREMIO

El 17 de Julio de 2026,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Eloy Tizón, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Encarna Esteban Bernabé y José María
López Ballesta, otorgaron el Premio de la cuadragésima
segunda edición al cuento titulado El afinador de
silencios, de Antonio Arteaga Pérez.

Antonio Arteaga (Toledo, 1966). Profesor,
humanista e informático, es fundador de la
comunidad de desarrolladores de videojuegos
Stratos y presidente de la asociación sin ánimo de
lucro Escritores Solidarios. Considerado experto en
nuevas tecnologías y redes sociales, ha escrito
numerosos artículos técnicos y de opinión en prensa y
medios especializados e impartido conferencias
dentro y fuera de España.

Como escritor de ficción ha resultado ganador en
más de sesenta premios como, por citar algunos, el
Concurso de Microrrelatos de la CadenaSer, el
Certamen Nacional de las Letras Villa del Río, el
**Certamen de RelatosJubilare del Colegio de
Registradores**, el **Premio de Relato Corto
FernandezLema** o el **Certamen Internacional Literario
de Relatos Vaquelros**. En 2025 fue investido Gran
Comendador de la Orden Literaria Francisco de
Quevedo y en 2026 ganó el **Premio de Novela Corta
Encina de Plata** con su obra *"La cátedra del señor
Olmedo"*.

Ha publicado tres novelas en solitario: *"Mensaje
equivocado"* y *"Seducir a un asesino"* (cuyos
beneficios ha donado íntegramente a la Asociación
Española contra el Cáncer y la Fundación Aladina)
con la editorial Ledoría y *"Antifitón Cero"* con la
editorial Premium, y participado como coautor en
más de medio centenar de relatos hasta la fecha.

EL AFINADOR DE SILENCIOS

Para Ernesto, el mundo no se sostenía sobre pilares de hormigón ni sobre leyes matemáticas, sino sobre la fragilidad de un acorde bien temperado. Creía, con la fe ciega de los antiguos místicos, que el universo entero era una inmensa caja de resonancia y que las desgracias de los hombres, sus guerras y sus desamores, provenían de una desafinación primordial, un leve desajuste en la armonía de las esferas que nadie se había molestado en corregir. Él, en su modestia de artesano, intentaba poner remedio a ese caos, piano a piano, tecla a tecla, armado con su llave de acero y un diapasón que guardaba en el bolsillo del chaleco como una reliquia sagrada.

No veía bien. Sus ojos eran dos ventanas empañadas por las que apenas se filtraban bultos y sombras imprecisas, pero aquella penumbra visual le había regalado, a cambio, un oído absoluto, tiránico, capaz de distinguir el vuelo de una abeja del de una avispa por la frecuencia de su zumbido. Ernesto vivía en el reino de lo sonoro. Conocía a sus vecinos por el arrastre de sus zapatos y sabía si iba a llover por el modo en que el aire silbaba en las esquinas de los tejados.

Una tarde de noviembre, cuando la luz comenzaba a retirarse vencida por el invierno, recibió la llamada. Era una voz femenina, trémula, con ese matiz metálico que deja en la garganta el desuso de la palabra. Se presentó como doña Adelaida, residente en el antiguo palacete de los Valdemar, allá en la zona alta, donde las casas tenían nombres propios y los jardines languidecían tras muros cubiertos de hiedra.

-Mi piano -dijo ella. Hizo una pausa y en ella Ernesto adivinó cierta angustia-. Hay una nota que miente.

-¿Miente, señora? -preguntó Ernesto, intrigado por la elección del verbo.

-Sí. Miente. Dice lo que no es. Venga usted mañana. No importa el precio.

Ernesto acudió a la cita con su maletín de cuero gastado. La casa olía a cera vieja y a lavanda. Los aromas del tiempo detenido. Una criada anciana, que arrastraba los pies con fatiga, lo guio a través de un vasto vestíbulo donde los pasos resonaban con excesiva autoridad. Entraron en el salón principal. Allí, presidiendo la estancia en la penumbra, aguardaba la bestia: un piano de cola, negro y lustroso.

Una máquina de precisión dormida.

Doña Adelaida estaba sentada en una butaca de respaldo alto. Ernesto no podía ver su rostro con claridad, apenas una mancha pálida en la oscuridad, pero escuchó el roce de la seda al incorporarse.

-Es el fa sostenido de la cuarta octava -sentenció ella sin preámbulos-. Cuando llueve, llora. Y hoy no llueve, pero gime. Arréglole.

Ernesto se sentó ante el teclado. Abrió la tapa con reverencia, acarició el marfil amarillento y pulsó la tecla. El sonido brotó limpio, redondo, perfecto. Una columna de aire vibrante que ascendió hacia el techo y se disolvió sin dejar rastro de impureza. Probó la octava. Probó los acordes adyacentes. Verificó los unísonos, las quintas, las cuartas. Sacó su llave, tensó levemente una clavija, volvió a probar.

El piano estaba impecable. Matemáticamente exacto. Era uno de esos instrumentos bendecidos que, una vez afinados, mantienen la tensión durante décadas, inmunes a la humedad o los cambios de temperatura.

-Señora -dijo Ernesto, girándose en la banqueta-, el instrumento goza de una salud envidiable. La afinación es correcta. Escuche.

Tocó una escala rápida, brillante.

-No -interrumpió ella con vehemencia-. Usted no escucha lo que yo escucho. Hay un eco. Un residuo. Algo que chirría al final, cuando el sonido debería morir. ¿No lo nota? Es un lamento.

Ernesto volvió a intentarlo. Agudizó su oído hasta el límite, cerrando los ojos, convirtiéndose él mismo en membrana y tímpano. Nada. La nota era pura. Sin embargo, en la voz de la mujer había tal certeza, tal desesperación contenida, que Ernesto no se atrevió a contradecirla. Fingió trabajar. Pasó dos horas manipulando las clavijas, aflojando y tensando lo mismo, buscando una perfección imposible en lo que ya era perfecto. Al terminar, cobró sus honorarios y salió con la extraña sensación de ser un estafador honrado.

A la semana siguiente, el teléfono volvió a sonar.

-Sigue igual -dijo Doña Adelaida. Su voz ahora sonaba más frágil y quebradiza-. Ha vuelto. Esa vibración maligna. Por favor, Ernesto. Venga.

Ernesto regresó. Y regresó una tercera vez. Y una cuarta. Se convirtió en

una rutina absurda. Cada martes subía al palacete, se sentaba ante el piano magistral y representaba la comedia del técnico minucioso. Doña Adelaida permanecía a su espalda, vigilante. A veces hablaban. Ernesto supo que había sido concertista en su juventud, que las manos le fallaron antes que la memoria, que vivía sola con la única compañía de aquella criada muda y sus recuerdos.

Ernesto empezó a obsesionarse. ¿Y si ella tenía razón? ¿Y si su famoso oído estaba fallando, víctima de la edad? Empezó a dudar de su propio don. En la soledad de su apartamento, golpeaba el diapason contra la rodilla y se lo llevaba al oído con pánico, buscando la confirmación de la nota la, el ancla de su realidad. Todo parecía en orden, pero la duda ya había sembrado su semilla.

En la quinta visita, llegó el hallazgo.

Era un día de viento. Las ventanas del palacete temblaban ligeramente en sus marcos. Ernesto estaba ejecutando un nocturno de Chopin, una pieza lenta que doña Adelaida le había pedido para probar el sonido. Al soltar el pedal, en el silencio repentino que siguió al acorde final, Ernesto lo oyó.

Era cierto.

Había algo. Un rastro sucio. Una reverberación bastarda que no provenía de las cuerdas, sino que rebotaba, volvía y ensuciaba la armonía. No era el piano. Era el aire.

Ernesto se levantó despacio. Se quitó las gafas oscuras, inútiles en la penumbra, y decidió usar su otro sentido, el que tenía atrofiado pero que a veces, por necesidad, revelaba verdades ocultas. Entornó los ojos y forzó la vista para escudriñar el salón, tratando de atravesar la niebla gris que constituía su visión.

Caminó por la estancia, tropezando casi con la alfombra. Dio una palmada fuerte. El sonido rebotó seco, hiriente, veloz.

-¿Qué hace? -preguntó doña Adelaida, alarmada.

-Escucho la habitación, señora. El piano es inocente. El problema es el entorno.

Ernesto avanzó hacia donde recordaba que debían estar los muebles. Extendió la mano buscando el respaldo de un sofá que su memoria situaba a la derecha. Sus dedos atraparon aire. Avanzó hacia la pared donde debía estar el

aparador de caoba que intuyó en la primera visita por el olor a cera. Tocó la pared desnuda. Siguió caminando, palpando el vacío. No había vitrinas. No había mesas auxiliares. No había butacas, salvo la de la señora.

El salón era un inmenso desierto de parqueté.

La acústica se había vuelto brillante, agresiva, porque no había nada que absorbiera el sonido. La tela, la madera, la lana, los objetos que visten una vida y amortiguan el ruido, habían desaparecido.

En ese mismo instante, Ernesto se dio cuenta del problema. Doña Adelaida no estaba loca, ni su oído era prodigioso. Doña Adelaida estaba vendiendo sus posesiones. Una a una. Seguramente para mantener el techo, o para pagar a la criada, o simplemente para comer. El "gemido" que ella oía no era una nota falsa: era el eco de su propia ruina. El sonido de la pobreza rebotando en las paredes desnudas.

Se quedó paralizado en medio del salón vacío. Sentía la mirada de la mujer clavada en su nuca. Si decía la verdad, si decía "señora, el piano parece sonar mal porque usted ha vendido los muebles y la sala está hueca", la humillaría de tal modo que no habría recuperación posible. Le arrebataría el último velo de dignidad que le quedaba: la ficción de que el problema era técnico y no vital. Ella lo llamaba a él para que arreglara el piano porque no podía admitir que lo que necesitaba arreglo era su vida.

Ernesto respiró hondo. Su mente de artesano buscó una solución que no fuera técnica, sino humana. Recordó la posición de las pesadas cortinas de terciopelo que cubrían el ventanal, lo único que, al parecer, no se había vendido aún, quizás por ser demasiado viejas.

-Lo tengo -dijo Ernesto con voz triunfal, fingiendo un descubrimiento técnico-. ¡Lo tengo!

-¿Qué es? -preguntó ella, con un hilo de esperanza.

-Es un fenómeno rarísimo, señora. Una vibración simpática de tercer grado. Ocurre a veces con los pianos de gran cola. La tapa armónica proyecta el sonido con tal fuerza que crea un bucle estacionario en el ángulo norte de la estancia.

-¿Y eso tiene arreglo?

Ernesto se dirigió hacia el ventanal.

-No hay que tocar el piano. Hay que modificar la trampa de sonido. Si me permite...

Arrastró las pesadas cortinas, descorriéndolas de su posición habitual y agrupándolas en un pliegue denso y barroco justo en la esquina detrás del instrumento. Luego, se quitó su propia gabardina, una prenda gruesa de lana basta, y la colocó discretamente sobre el suelo, detrás de la pata trasera del piano, oculta a la vista pero estratégica para romper la onda sonora que rebotaba en el suelo desnudo.

-Pruebe ahora -pidió Ernesto.

Doña Adelaida se acercó al instrumento. Sus manos temblaban. Se sentó. Tocó el fa sostenido. La nota sonó. Esta vez, amortiguada por la masa de terciopelo y lana que absorbía el rebote traicionero, el sonido murió con una dulzura redonda, perfecta, sin el eco metálico del vacío.

Se hizo un silencio total. Un silencio distinto y cálido.

-Ha desaparecido -susurró ella. Ernesto supo que estaba llorando, y supo que no era por la música sino por el alivio de no tener que dar explicaciones.

-Era una cuestión de acústica avanzada -mintió Ernesto con suavidad-. A veces, el exceso de espacio es enemigo de la música.

Doña Adelaida se levantó, buscó su bolso y sacó un billete arrugado. Ernesto presintió que aquel billete era probablemente el último, lo que significaba renunciar a la cena de varios días. Pero no podía rechazarlo. Rechazarlo sería caridad, y ella estaba comprando un servicio, no pidiendo limosna. Estaba pagando por mantener su estatus de gran dama con un piano caprichoso.

-Es usted un mago, Ernesto.

-Solo un técnico, señora. Solo un técnico.

Recogió su gabardina con disimulo al salir, deshaciendo parte del hechizo acústico, pero sabiendo que las cortinas seguirían allí, cumpliendo su nueva función de guardianas del secreto.

Salió a la calle. El aire frío de la noche le acarició el rostro. Bajó la cuesta hacia la ciudad, escuchando el rumor de la vida cotidiana: los autobuses, las

conversaciones lejanas, los televisores encendidos. Todo sonaba desafinado, caótico, estridente. Pero a Ernesto no le importó.

Pensó en el salón vacío, en la mujer sola sentada ante su piano perfecto rodeada de la nada. Pensó en cómo todos, en cierto modo, vamos vendiendo los muebles de nuestra alma para sobrevivir, dejando habitaciones vacías donde el eco de lo que fuimos rebota cruelmente. Y pensó que, tal vez, su mejor trabajo no consistía en tensar cuerdas, sino en colocar cortinas en los rincones correctos para que el vacío no suene tanto, para que la soledad tenga, al menos, una acústica soportable.

Caminó hacia la parada del autobús, tarareando bajito un fa sostenido.

La única nota capaz de sujetar, aunque fuera por un instante, la inmensa fragilidad del mundo.

